

“ Dans ses barques de songe où sommeillent des mortes,
“ C'est la sainte royale un peu fée de Courlande, que je vois
“ S'éloigner dans la nuit sur d'anciens parfums.

¿Dónde está la bienaventurada Hilda, que en la urna de cristal, abandonada á las olas durante tres días y tres noches, la noche de la Navidad descendió por el río á perderse en el mar?

La leyenda no lo dice: sin duda, aquella santa real, aquella princesa en la casa de Courlande, que un trágico idilio del palacio coronara con la doble aureola de las vírgenes y de las mártires. puesto que ella había reinado largo tiempo en la estrecha nave de una catedral, ofrecida á la veneración á los fieles, izada, muy alto, encima del altar mayor entre las bóvedas y los rosetones del coro.

Era la hija de un rey: una sangrienta aventura la había llevado, hasta los mismos pies de Cristo, que levantando muy alto sus dos manos heridas, dominaba la basílica, con todo su dolor. Hilda había sido, según se afirma, crucificada como Nuestro Salvador, y, en la urna de cristal con aristas enriquecidas de anémonas y de ópalos, que la ofrecía á las miradas, sellada al mismo muro, era una creencia, através de siglos arraigada, que las pobres manos de la muerta, las reales manos mutiladas, vivían, sufrían y sangraban todavía.

Se le había cubierto con un lienzo y, ocultada hasta el mentón, bajo el suntuoso manto, la princesa dormía en lo alto en su cerco de cristal y de ópalos, incendiando de reflejos, á los millares de pe-